

Pensar la política desde la práctica

Falacias de la democracia y pertinencia de la emancipación

Humberto Márquez Covarrubias*

Resumen. Inmerso en una compleja crisis civilizatoria, el sistema mundial capitalista ha perdido la legitimidad y el consentimiento sociales ante la imposibilidad de conciliar la ecuación entre capitalismo y democracia. Como parte de un proceso de transformación social, se precisa la reinención de la política y la democracia mediante el despliegue del potencial crítico, creativo y participativo de los sujetos sociopolíticos a partir de reivindicaciones clasistas en espacios y prácticas orientados por los principios de autonomía, igualdad y libertad, que han guiado la teoría y práctica de la emancipación humana. De ser meros sujetos subalternos, las clases, comunidades y grupos sociales se colocan en una posición antagonista para asumir el control de su propio derrotero mediante la reconstrucción crítica de una subjetividad política que confiera la concientización, organización y acción política para emprender la transformación del mundo material. Este horizonte de potencialidades puede contribuir a replantear el problema del sujeto del cambio social, más allá de la emergencia de movimientos sociales episódicos y sectorizados con identidades difusas que carecen de formación teórica y visión política. La democracia radical amerita sujetos colectivos dotados de proyectos de largo aliento capaces de afrontar el desgaste prematuro de la coyuntura para desplegar una práctica transformadora en la compleja trama de la política pautada por diversos arreglos temporales y espaciales acordes a las contradicciones que impulsan el desarrollo del capitalismo.

Palabras clave: capitalismo, democracia, Estado, neoliberalismo, emancipación.

* Docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

Making policy from practice

Fallacies of liberal democracy and their relevance to empowerment

Abstract. Immersed in a complex crisis of civilization, the world capitalist system has lost legitimacy and social consent in the face of the impossibility of reconciling the equation between capitalism and democracy. As part of a process of social transformation, a reinvention of policy and democracy is needed, employing the critical, creative and participative potential of socio-political actors through class struggle in places and via methods founded upon the principals of autonomy, equality and freedom, which have guided the theory and practice of human emancipation. As oppressed subjects, classes, communities and social groups are situated in an antagonistic position from which they may take control of their own destiny through the critical reconstruction of a political subjectivity that delivers awareness, organization and political action to spark a transformation of the material world. This vast landscape of potential can contribute to reframing the problem of the individual within social change, beyond the emergence of sporadic and sectoral social movements with diffuse identities that lack theoretical foundation and political vision. Radical democracy requires collective actors bringing long-term projects, capable of withstanding premature exhaustion of moves toward implementing a transforming practice within the complex fabric of policy marked by various compromises in space and time according to the contradictions that drive capitalist development.

Keywords: capitalism, democracy, State, neoliberalism, emancipation.

Coordenadas políticas

La práctica política de la democracia en el capitalismo moderno transcurre por diversas dimensiones e instancias, bajo las cuales gravita el conflicto social entre clases sociales y fuerzas políticas disímboles. El poder político concentrado se ubica en la esfera del Estado y sus diversos órganos que asumen la representación formal del gobierno, el congreso y el poder judicial, además de que administran la violencia legal mediante el ejército y la policía; el poder económico y mediático es concentrado por el gran dinero encarnado por las corporaciones multinacionales y grandes empresas nacionales en manos de una oligarquía considerada como la cúspide de los poderes fácticos que no detentan ninguna representación formal pero toman o influyen en las grandes decisiones estatales; la disputa del poder recae en organizaciones políticas formales (partidos), pero también existen instancias de mediación entre el Estado y el capital (sindicatos), organizaciones que reivindican demandas concretas y sectoriales (movimientos sociales) y asociaciones variopintas de la sociedad civil; por último, se ubica la gran masa, el pueblo, la generalidad de personas comunes, las clases sociales subalternas, provista de diversas formas de pensamiento y acción. En cualquier caso, a la práctica política democrática, estructurada por instancias y organismos de representación y participación, subyace una incesante, a menudo encubierta, lucha de clases dentro de un capitalismo en constante transformación.

Coexiste una gran variedad de posturas políticas que cubren todo el espectro ideológico, desde la izquierda hasta la derecha, pero sin que necesariamente los extremos se lleguen a tocar, como suele pensarse desde una óptica circular: comunista, socialista, anarquista, progresista, populista,

reformista, neoliberal, conservadora y fascista.¹ Estas orientaciones buscan articular las dimensiones e instancias políticas para tomar parte de, incluso alejarse del, poder político estatal y negociar con el poder económico del gran dinero las modalidades del patrón de acumulación, el reparto del excedente y la organización del régimen político.

Típicamente, en los países centrales del capitalismo triunfante que suelen marcar el derrotero de la política y práctica democrática, el bloque de poder dominante representado en los parlamentos y gobiernos asume las tendencias más proclives a potenciar el desarrollo capitalista, la conservadora y la reformista. La configuración de dos grandes posiciones en apariencia antagónicas es funcional a la idea de que el debate y el conflicto político deben permanecer dentro del pacto constitucional, la democracia liberal y el modelo económico vigente orientado por el proyecto neoliberal que ha hegemonizado la economía, la política, la sociedad, la cultura y la vida cotidiana, a tal grado que la razón neoliberal se ha convertido en el pensamiento único y en el sentido común (Laval y Dardot, 2013; Brown, 2015). En cambio, posturas colocadas en las antípodas del pensamiento político y con objetivos radicalmente opuestos, como el comunismo y el fascismo —a la sazón enemigos históricos—, no se supeditan al consenso constitucional por lo que el conflicto político acerca del poder estatal deviene irreconciliable, puesto que no admiten objetivos contrarios a su proyecto de Estado y sociedad. No obstante, establecen una clara diferencia: el fascismo recrudescer las posturas de fuerza de sectores oligárquicos con el propósito de garantizar su predominio económico y político dentro

¹ Sin embargo, por obvia que pudiera parecer, no podemos omitir la advertencia de Karl Marx y Friedrich Engels: «Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante» (2014:39).

del capitalismo, en tanto que el comunismo pretende instaurar una «dictadura del proletariado»² para erigir un Estado obrero con miras a su disolución, cuando se superen las contradicciones de clase y se transite hacia una sociedad no capitalista.

En la democracia burguesa occidental, el parlamentarismo aflora como la forma preponderante para ejercer el poder del Estado donde señorean las principales posiciones de fuerza política (conservadores y reformistas), que articulan la hegemonía apuntalada por el sistema de partidos, los procesos electorales y la masa de votantes, se trata de un cogobierno refrendado por el consenso neoliberal que se riga en fortaleza para impedir que las fuerzas políticas opositoras, como las socialistas y comunistas, puedan tomar las riendas del poder del Estado y eventualmente promuevan el cambio de régimen.³ En Estados Unidos prevalecen los republicanos y demócratas; en Reino Unido, conservadores y laboristas; en Francia, la izquierda y la derecha, y así sucesivamente. Un hecho significativo en el capitalismo mundial que pone en predicamento el ideal democrático de los países centrales —una forma tersa de referirse al imperialismo— es la peculiar tendencia hacia la decadencia de la hegemonía estadounidense, una crisis de la supuesta excepcionalidad americana, ante el poder ascendente de los países asiáticos, sobre todo de China, potencia global emergente. Esa crisis,

²Al respecto, Marx (1947:73) adujo: «Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1. que *la existencia de las clases* está vinculada únicamente a *fases particulares, históricas del desarrollo de la producción*; 2. que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; 3. que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la *abolición de todas las clases* y hacia una *sociedad sin clases*».

³La reivindicación de la democracia occidental es enarbolada por el neoliberalismo, con arietes políticos como los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan quienes encabezan a las potencias capitalistas para luchar contra el comunismo y propagar la ideología neoliberal y sus supuestos logros en materia de derechos humanos, la igualdad de oportunidades y el respeto al individuo y sus ideas.

que es a la vez económica, política y cultural, propicia el resurgimiento de mitos identitarios y la política del miedo que propulsan el ascenso de las ideologías neofascista y nacionalista, el neoconservadurismo religioso, el populismo xenófobo y las campañas de odio: islamofóbicas y latinofóbicas. Al punto en que los sectores blancos pobres estadounidenses, depauperados, desempleados, endeudados y religiosos se convierten en carne de cañón en las guerras electorales para que voten por los republicanos compelidos por la defensa del modo de vida americano (Bageant, 2008), a lo cual se suman proclamas como *America First* de Donald Trump con objeto de impulsar el triunfo electoral de la ultraderecha y el supremacismo que redundan en el neofascismo.

El presidencialismo ha persistido en América Latina, donde han tenido cabida gobiernos de distinto signo ideológico, conservadores y reformistas, pero también populistas y socialistas. La región ha sufrido desde regímenes dictatoriales impuestos por golpes de Estado hasta el peculiar predominio de un partido de Estado en México con realización de elecciones bajo el control estatal y la comisión del fraude electoral. Con el derrocamiento del modelo desarrollo nacional de industrialización por sustitución de importaciones gestionado por un Estado desarrollista, se da un viraje abrupto, violento, hacia el neoliberalismo, el cual pretende legitimarse con un giro hacia la democracia, con la apertura paulatina de los procesos electorales pero bajo el condicionamiento externo de organismos internacionales que imponían la política de ajuste estructural como programa económico de gobierno que debería de asumir, de modo incondicional, los gobiernos democráticamente electos. En América Latina ha prevalecido un consenso neoliberal autoritario que ha rechazado a las diversas posiciones políticas, con un paréntesis abierto por el llamado giro

progresista, que permitió el ascenso de gobiernos emanados de centro-izquierda con un discurso antineoliberal no exento de contradicciones, un ciclo que sin embargo atraviesa por un declive debido al reflujo neoliberal y neofascista.

La forma del régimen político, como puede ser el parlamentarismo o el presidencialismo, no marcha solo, es consustancial al proyecto de acumulación. Al respecto, se ha tejido una plataforma contractual y un sentido común que ha sido denominado convencionalmente capitalismo neoliberal, cuyos principios básicos emanan del denominado Consenso de Washington y sus derivados (Veltmeyer, 2010). Esta forma consensual ha permeado a las principales orientaciones políticas, incluso pervertido o subsumido a posturas izquierdistas que otrora se oponían al proyecto neoliberal y al sistema capitalista en su conjunto. El proyecto democrático burgués asumido por los partidos dominantes refrenda, a su vez, la idea de libertad, el otro eje de su ideario, aunque en realidad de garantizar la libertad del gran capital, es decir, de las grandes empresas y sus proyectos de negocio en pos de la máxima ganancia y el respeto irrestricto de la propiedad privada resguardada por el Estado de derecho, el sistema judicial y el aparato policial. La dupla democracia y libertad se traduce en la «confianza de los mercados», término genérico empleado para garantizar los márgenes de ganancia de capitales explotadores, rentistas, especuladores, extractivistas y ficticios. El capitalismo neoliberal descansa en la confianza de los mercados y la libertad del gran capital, además de una pedagogía de la subalternidad orientada por la educación para el trabajo alienado, la promoción del espíritu emprendedor, la exaltación del éxito individual y la desacreditación de ideas libertarias como la igualdad y la emancipación humana.

El desarrollo del capitalismo, caracterizado por la violencia y la desigualdad social, constantemente está sujeto al cuestionamiento político sobre la legitimidad del consenso neoliberal o de la configuración económico-política que adopta, y con ello su régimen de gobierno preponderante, parlamentario y presidencialista, lo cual suele colocar en predicamento a la confianza depositada en el sistema electoral y en los partidos que predominan en el sistema de representación, sean conservadores o reformistas, populistas o nacionalistas. Un caso en el que se hace énfasis es el de la «clase media», es decir, la pequeña burguesía, cuya condición social no se define por su nivel de ingresos sino por el hecho de que oscila entre la clase trabajadora desposeída, el proletariado, y los propietarios de los medios de producción, la burguesía. Se trata entonces de una forma social que es al mismo tiempo trabajadora y propietaria; sin embargo, una gran parte detenta ingresos bajos, es decir, en sentido lato son pobres (como suele suceder con los campesinos y los artesanos), pero también incluye a grupos sociales que por lo general obtienen mayores ingresos, como los profesionistas independientes, en quienes suele concentrarse la atención mediática. Este amplio sector puede sentir amenazado su estatus social; aunque de igual modo sucede con la clase trabajadora en general que ha sido severamente precarizada por la política neoliberal y desestructurada por el desempleo. Las bases sociales de sustentación del régimen político consensual están aposentadas sobre arenas movedizas.

Ante la recurrencia de la crisis capitalista y el colapso de su sistema político, grandes contingentes de los sectores subalternos, donde se encuentran los desposeídos, los trabajadores precarizados, los desempleados, las juventudes pobres y los migrantes forzados, son orillados a respaldar posturas ultraderechistas incubadas en la democracia liberal burguesa.

Desde el filón más regresivo, colmada de odio y resentimiento, la política fascista se presenta como supuesta alternativa al consenso neoliberal y al régimen parlamentario y presidencial: reivindica las identidades nacionalistas y justifica el resurgimiento del racismo y la xenofobia.

En el horizonte del pensamiento transcapitalista, la idea comunista sigue latente; no obstante, el gran proyecto histórico antagonista del capitalismo permanece debilitado, luego del colapso de casi todas sus versiones primeras, sumergidas por su estrategia política estatalista y burocratizante, en especial los grandes referentes, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y la República Popular China, que han dado un gran viraje regresivo hacia el frenesí capitalista triunfante.

Capitalismo y democracia

Para desmontar el mecanismo del capital es menester develar la falacia de la democracia liberal burguesa que campea en el entramado institucional y en gran parte de las prácticas sociopolíticas. De manera que se advierta sobre el error de pensar que el capitalismo puede humanizarse, reformarse, y que en esa empresa contribuye el juego democrático.⁴ El capitalismo

⁴ La explotación y dominación, aunado a la lucha de clases, tejen el hilo conductor para entender el desarrollo social. El fundamento de la organización social radica en el modo de producción capitalista, para la sociedad actual. La organización simbólica de la vida humana con su plétora de ideas, organización política, leyes y otras formas corresponde a la formación social articulada por el trabajo. En el capitalismo, como antes en el feudalismo, la humanidad se divide en clases sociales antagónicas, según la posición que ocupan en la organización económica: de un lado los dueños de los medios de producción, que será la clase dominante, y, del otro, quienes sólo poseen su fuerza de trabajo, la clase dominada. En el capitalismo, la clase dominante es la burguesía, y la clase dominada, los trabajadores. La clase

contemporáneo pretende ser maquillado con términos vaporosos, como globalización o neocapitalismo, incluso neoliberalismo y posmodernidad, para hacer alusión al supuesto fin de la historia, el fin de las ideologías y el término de aquello que no contribuya a la pulsión de muerte fundada en la generación de la ganancia, a la sazón dominada por el trabajo muerto, capaz de subsumir todo lo que contenga trabajo vivo. Ya lo había advertido Ellen Meiksins Wood: «Si hay algo que une a los diversos «nuevos revisionismos», desde las teorías «posmodernistas» y «posmarxistas» más absurdas hasta los activismos de los «nuevos movimientos sociales», es su hincapié en la diversidad, la «diferencia», el pluralismo» (2000:298).

En el balance de la situación actual prosperan los discursos ambiguos, descontextualizados, ahistóricos, incapaces de describir mínimamente la situación general del capitalismo actual, es decir, la crisis civilizatoria y su convergencia de las varias crisis en una época de decadencia capitalista; una de cuyas expresiones es el derrocamiento del Estado benefactor o su remedo en las zonas periféricas, el estallamiento del Estado nación para favorecer el despliegue sin cortapisas de los grandes monopolios internacionales que subyacen a la llamada economía de libre empresa. El despliegue del capital global significa una reorganización autoritaria, soportada en poderes militares, subjetividades adocenadas e ideologías bastardas que acometen los modos de vida, el entramado de relaciones sociales, con el propósito de subsumirlas al imperio de una sola ley, la ley de hierro de la ganancia, que rige el pacto contractual y el sentido común. En un afán de contribuir a la maximización de las ganancias, se implementan diversas estrategias y políticas en el tablero de la economía mundial: privatización

dominante necesita dominar y explotar a los trabajadores para poder obtener el plusvalor y continuar detentando la propiedad de los medios de producción.

de los servicios públicos, derrocamiento de conquistas sociales, precarización del mercado laboral, relocalización de empresas; se destruyen además las instituciones, prácticas y comportamientos que conformaban el ámbito del trabajo como un ámbito de experiencia de la economía que podía estar disociada en términos relativos de la esfera capitalista y la lógica estatal, en tanto permitían la construcción de una sociedad en común.

La embestida neoliberal significa la configuración de un entramado material y subjetivo cuyo fundamento es la dominación, la explotación y la desigualdad perpetuas donde comandan el poder totalitario del gran capital y el Estado, sobre todo de aquellos centralizados en los países desarrollados, en colusión con los poderes clericales y las industrias culturales. En esa tesitura, por política suele entenderse el ámbito de acción del Estado, las actividades que en términos oficiales se despliegan para reproducir las relaciones sociales de opresión, violencia y despojo. Cínicamente, los ideólogos aseguran que la unión entre capitalismo y democracia es irrefutable, cristaliza en una sociedad global de mercado, pero la realidad confirma lo opuesto, dado que nunca en la historia de la humanidad se había expresado con toda nitidez una contradicción entre los dos conceptos, como sucede en el capitalismo contemporáneo donde se expanden las desigualdades extremas entre clases sociales poseedoras y desposeídas, países desarrollados y subdesarrollados, élites sociales y grupos subalternos, poderes raciales y pueblos originarios, patriarcados y opresión de las mujeres.

En un sentido lato, el capital no es un mecanismo de libertad y democracia,⁵ no significa la puesta en práctica de un sistema de equivalencias,

⁵ Al respecto, Vladimir Lenin expresó (2010:21): «La libertad es una gran palabra; pero bajo la bandera de la libertad de industria se han hecho las guerras más rapaces, y bajo la bandera de la libertad de trabajo se ha expoliado a los trabajadores».

un régimen de libertad donde concurren los factores de la producción y acuerdan relaciones de intercambio basados en su interés egoísta, lo cual haría posible el progreso, el desarrollo y la prosperidad de la sociedad movida por una «mano invisible», sino que se trata de la puesta en escena de un poder, un poder esencialmente violento, que no reposa, pues figura como un monstruo autómatas.

Karl Marx (1988), en *El capital*, aborda la acumulación originaria en la que testimonia la diversidad de mecanismos violentos, en tanto potencia económica, para asentar el capitalismo y permitir que la burguesía capitalizara los medios de producción y la fuerza de trabajo libre. El despojo se convierte en una práctica permanente orientada a la expansión del capital y la sustentación del sistema de acumulación. El capital es un poder totalitario, una capacidad irrefrenable de apropiación violenta de plustrabajo, bienes comunes, derechos y modos de vida. La violencia originaria se torna, entonces, un mecanismo vertebrador de la lógica de acumulación que perdura mientras el capitalismo se expande, reestructura, relocaliza y conjuga su poder de mando articulando diversos contenidos. Ello incluye la confiscación de lo político por el Estado, la apropiación de la capacidad de las clases subalternas y, al final de cuentas, de la sociedad en su conjunto. El funcionamiento del mando oligárquico actual, la organización económica y política del capitalismo, tienen como dinamismo la explotación, la violencia y la corrupción.

El capitalismo está signado por contradicciones y conflictos en todos los órdenes de la vida social, y en el ámbito político es sintomática la dislocación entre Estado y clases sociales subalternas o, más específicamente, entre forma de gobierno y representación política. El pensamiento político inmerso en formulaciones abstractas ofrece algunas pistas para disolver la

analogía entre las formas democráticas de gobierno y la sociedad burguesa que permea el rejuego ficcional del orden institucional, plasmado en las constituciones y la supuesta libertad que impele al individuo a acatar el relato democrático, que lo invoca a ejercer un voto responsable como fundamento y consumación de un encuentro entre gobernabilidad y sociabilidad; para en seguida entregarse a una realidad mundana donde priva la servidumbre voluntaria de las mayorías ante las determinaciones de las élites políticas.

En una sociedad de acentuada desigualdad social, regida por la explotación y el despojo, como lo ha sido el capitalismo desde sus orígenes hasta el presente, los apologistas de la democracia liberal encubren el trasfondo de la falacia democrática y convalidan el rito electoral, una parafernalia regulada por instituciones, normas y procedimientos que preservan y enaltecen las condiciones de superioridad conferidas a las élites sociales y a sus representantes directos, los únicos considerados aptos para ser electos, ejercer el poder y administrar los órganos del Estado, en consonancia con los intereses del gran dinero, sin advertir en modo alguno la inviabilidad de la democracia, en todo caso encubriéndola, hasta convertirse en un circo político con burdas representaciones.

Para la visión dominante, la democracia es una forma de gobierno y un mecanismo de distribución de poder, donde es suficiente sancionar los procesos electorales, sin importar que no concurra la mayoría o que quien resulte electo no congrege la voluntad mayoritaria. Desde esa lógica, lo que interesa es que los procedimientos electivos sean sancionados como legales, aunque pudieran no ser legítimos, en tal caso vale más la lectura e interpretación que de los comicios hacen los medios de información, las instituciones dictaminadoras y los comentaristas, esferas que se arrojan

el derecho de dictaminar y conferir legitimidad electiva al ungido, al prohombre a quien se le conceden las facultades presidenciales con el fin de que asuma de manera fetichista el poder, que lo representa en su corporalidad y subjetividad, como si la suya fuese la síntesis de los sentimientos de una nación, la suma de la voluntad colectiva por más que sea múltiple y diversa.

Gobierno del mundo

Los análisis sobre la democracia habitualmente se enfocan en las demarcaciones del Estado nacional, en sus instituciones y procedimientos electorales; sin embargo, la preponderancia de la economía mundial, las corporaciones multinacionales, los organismos internacionales, los tratados de libre comercio, las legislaciones y cortes internacionales, los acuerdos militares, entre otros componentes, hacen suponer que las formas de gobierno y las políticas están determinadas, en particular, por los grandes agentes de poder del capitalismo mundial.

Desde el mirador privilegiado de las altas esferas del poder, un bloque de países se nombra a sí mismo como la viva imagen de la democracia, con Estados Unidos a la cabeza, que representan a la cultura occidental, al capitalismo triunfante que mistifica un capitalismo libre asociado a la libertad de mercado, la libre expresión, los derechos humanos y los procesos electorales (Petras y Morley, 1998). Con desdén se tilda a otros países como antidemocráticos, por no estar aliados al bloque de poder mundial capitalista, y se elaboran informes que denuncian la violación de los derechos humanos y los regímenes políticos opresores que en lugar de democracias

son expresiones de casta militar, étnica o religiosa o si adoptan formas democráticas se detectan anomalías que las convierten instantáneamente en tiranías, dictaduras o autocracias. Huelga decir que estos informes no se aplican a los países centrales ni se ejerce la autocrítica, a lo sumo se practica la guerra electoral interna bajo los preceptos de la mercadotecnia. A fin de satisfacer los apetitos corporativos y militares de las grandes potencias, determinados países «antidemocráticos» han sido presentados como la encarnación del eje del mal, amenazas contra la paz mundial, razón de más para mantenerlos en jaque o invadirlos y conquistar sus territorios, provistos de fuentes de energía y materias primas apetecidas por las economías industriales.

En los países hegemónicos, la democracia como el poder del pueblo se reconoce en términos formales; no obstante, el poder está monopolizado por una clase política vinculada con las oligarquías financieras e industriales —el gran partido del orden y el dinero— que extienden su poderío en el orbe y se erigen como una suerte de clase dirigente dentro del sistema mundial capitalista. En Estados Unidos reina el partido de Wall Street, una forma de decir que predomina la unión de intereses económicos y políticos de la élite representada por el Partido Conservador y el Partido Demócrata en el Congreso y alternativamente en la presidencia, pero que sigue los lineamientos del gran capital. El triunvirato estadounidense del poder estatal, corporativo y comunicacional se arroga la potestad de dominar el mundo (Chomsky, 2016). El gobierno corporativo asume la forma de capital abstracto donde propietarios, accionistas, ejecutivos de las grandes corporaciones toman decisiones a menudo especulativas, explotadoras, expoliadoras y depredadoras, orientadas por el principio toral de la máxima ganancia posible, sin reparar en los daños ambientales

y humanos que provocan donde tienen emplazadas sus inversiones y dominios empresariales.

El capital financiero, desde los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, entre otras, toman decisiones tecnocráticas sin consultar a las poblaciones afectadas, lo que ocasiona graves daños sociales. Son burocracias que asumen formas de gobiernos del sistema mundial sin someterse en absoluto a ningún escrutinio democrático, y más bien vulneran las soberanías políticas nacionales y las soberanías populares (Robinson, 2013).⁶ En apariencia, se impone una suerte de «pospolítica», una política que supuestamente habría superado las luchas ideológicas para recaer en la administración y gestión de expertos (Žižek, 2012): el gobierno indirecto de los tecnócratas, expertos y cabilderos, que sobrepasa a los Estados nacionales, pero que en realidad actúan de consuno. En todo caso, es una dominación sin consenso.

Neoliberalismo y democracia

El término neoliberalismo se ha propagado junto con otros como el de globalización o mundialización, al igual que el de democracia y otros más particulares como populismo y ciudadanización. Frecuentemente se opone a otro modelo de capitalismo más regulado, esto es, dentro del capitalismo se entabla de modo astuto, un juego de alternativas, por ejemplo, el que

⁶ El caso Grecia ofrece un botón de muestra, donde pese a la elección de un frente político de izquierdas, Syriza, opuesto al programa neoliberal y el paquete de austeridad termina capitulando y aceptando el severo programa de ajuste, deuda y austeridad impuesto por la Troyka.

rememora el Estado de bienestar o el Estado desarrollista, desde el influjo de la política keynesiana y la socialdemocracia. Se omite que esas concesiones han funcionado gracias a la superexplotación de fuerza de trabajo barata en los países de las periferias (Marini, 1973), que al ser formalmente descolonizados, continúan sujetos al dominio imperial. La llamada globalización nada tiene de novedad, si por ella se entiende la mercantilización, la invasión del capitalismo de cualquier sector de la actividad económica y social en todos los países, una tendencia desencadenada hace más de siglo y medio. No existe tampoco la «economía de mercado», pues lo que se conoce como neoliberalismo se refiere a la destrucción de las barreras que impiden la obtención de la máxima ganancia posible.

Según la versión corriente, el neoliberalismo alude a que el Estado no interviene en la economía, siendo que en la realidad ocurre precisamente lo contrario, aunque lo hace para defender a los grandes capitales, como cuando rescata a la banca de la crisis.⁷ Huelga decirlo, las intervenciones de los Estados favorables al capital no es algo nuevo ni excepcional.

Los estados centrales, Estados Unidos al frente, recurren una y otra vez a políticas férreamente proteccionistas, en contravención a la prédica del libre mercado; en cambio imponen políticas de apertura y derrumbe de barreras a los países dominados, a los que han colonizado económica, política y culturalmente.⁸ En el discurso del poder, suele entenderse por neoliberalismo, entre otras cosas, un conjunto de políticas de competitividad, productividad y eficiencia, pero en la práctica se trata más bien de

⁷ En México, con el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa) el gobierno rescató a la banca y la deuda externa se ha disparado.

⁸ Como claramente sucede, por ejemplo, con México, subsumido en una relación de dependencia con Estados Unidos, su «socio comercial» dentro del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

severos programas de austeridad, disminución de impuestos al capital, ajuste en el gasto social y políticas de transferencia de recursos públicos a los grandes capitales, incluyendo programas de rescate de empresas en bancarrota.

También suele pensarse que el neoliberalismo, en dupla con la globalización, se basa en capitales transnacionalizados que no tienen residencia concreta, puesto que no habría países imperialistas sino que el capital se expande en un mundo sin fronteras. A la vez, se estima que los países centrales y los periféricos se han igualado merced a relaciones de complementariedad y sociedades comerciales de provecho mutuo y que, en tales circunstancias, el Estado no interviene. Claramente, el capitalismo no puede existir, no puede despegar sus alas sin el apoyo crucial del Estado.

De acuerdo con la teoría económica convencional, si una empresa no es competitiva tiene que fenecer, una más eficiente ocupará su lugar. Lo cierto es que nunca los sectores dominantes del capital, con capacidad para imponer sus determinaciones a los gobiernos, han operado en un escenario mundial regido por la pauta teórica del libre mercado, que les obligaría a renunciar a la tutela del Estado. Corporaciones y Estados están entrelazados, tal como lo asentaban Karl Marx y Friedrich Engels: «El poder estatal moderno no es más que una junta administradora que gestiona los negocios comunes de toda la clase burguesa» (2011:52).

Resulta un despropósito argumentar que —como lo hace la prédica posmoderna— el Estado ha perdido toda relevancia; por lo contrario, su vigencia ha sido determinante para la expansión del capital global (Osorio, 2004). Asumir que los capitales transnacionales están por encima de sus Estados sede significa una proposición equívoca. En realidad, ningún capital queda ni puede quedar fuera de un Estado nación concreto: es un mito hablar de

un capital internacional sin apoyo del Estado. Prevalece todavía el imperialismo, el capitalismo monopolista de Estado. Las guerras modernas no son sino un proceso mediante el cual el Estado abre mercados para sus capitales.

No es una novedad la privatización de los servicios públicos. De hecho, en la mayor parte del tiempo los servicios han sido de carácter privado y su configuración dentro de la esfera pública es un dato relativamente más reciente, producto de luchas proletarias y la conquista de derechos sociales. Tampoco es verídico que haya desaparecido la economía pública, puesto que el peso de la inversión y la economía pública ha crecido. Menos aún desaparece el papel del Estado, más bien se refuncionaliza para fines clasistas, de concentración de poder y riqueza. A su vez, la financiarización, la concentración bancaria, no es un rasgo inédito, aunque ahora ha tomado una gran preponderancia con el mayor peso de la banca sobre la industria.

La cultura política del pueblo construido por el Estado neoliberal autoritario renuncia a ejercer la voluntad propia, que incluso es considerada como violenta y autoritaria, en tanto que los asuntos de la ciudad, que son los de la política, son vistos con indiferencia y desconfianza. El juego ideológico hace posible que la obediencia y el cinismo exalten la vida privada, el confort y el recogimiento, aunado al desprecio de los asuntos públicos. Este es el mejor de los mundos posibles para quienes se consideran tomadores de decisiones altamente calificados —expertos, cabilderos, grupos de interés, parlamentarios y gobernantes—, que campean el desierto de la cosa pública y se arrogan el derecho de la representación corporativa para decidir a nombre de la mayoría del pueblo relegado y con ello beneficiar intereses privados de las élites.

Desde una visión de conjunto, la dominación capitalista del Estado y la corporación posee su núcleo duro en el hecho histórico de que una

clase o una alianza de clases, la oligarquía, ejerce una férrea dominación sobre el conjunto de las clases subalternas, las clases de los desposeídos. En el periodo conocido como neoliberal, desde los 1970 hasta la actualidad se viene implementando una reestructuración de los Estados y los regímenes políticos, con el objeto de encauzar a la denominada gobernanza donde tiene cabida formas de Estado, gobiernos y procesos electorales funcionales a las dinámicas de acumulación global y sus mecanismos de dominación (González, 2013). Dicha dominancia es amplificadora, más allá de la esfera económica en la que prevalece la relación burguesía-proletariado-campesinado, para expandirse a distintos ámbitos de la sociedad donde también prevalecen relaciones desiguales entre los seres humanos y que se plasman en la vida cotidiana, la cultura, el pensamiento, el sentido común, la ciencia, el arte, la organización del tiempo y los espacios (Márquez, 2013).

Mito de la representación

Permanentemente, la idea de democracia se inserta en el debate político, académico y mediático. A grandes rasgos, pueden identificarse dos posiciones contrapuestas: por una parte, se ventila con mayor énfasis la versión de los politólogos convencionales que asumen la democracia como una forma de gobierno representativo que permite a la mayoría del pueblo acceder al poder a través de sus representantes; por otra parte, la visión crítica subyace al grueso de la opinión pública al considerar que la democracia es una falacia, pues se trata del gobierno oligárquico que en modo alguno representa los intereses de las clases populares.

Aparentemente, sin proponérselo, las posturas irreconciliables sobre la democracia terminan por arribar a una especie de acuerdo tácito, al menos en los términos del debate, al formular una ecuación de equivalencia entre democracia y representación. Es decir, en el terreno de las ideas, la noción de democracia que ha prevalecido pareciera emanar de la controversia irresuelta entre apologistas y críticos, toda vez que, por ejemplo, quienes han criticado acerbamente al sistema de representación aducen que la democracia no es más que una falacia que encubre la dominación burguesa, pero no dejan de estar inmersos en un horizonte de comprensión donde lo que se discute es la ecuación de democracia igual a representación. Ello pareciera una derrota ideológica irrefutable; sin embargo, resulta más significativo aún que en el terreno de los hechos se ha impuesto la idea de democracia que corresponde al poder ampliado del capital y su noción de mercados libres, de tal suerte que democracia y libre mercado se entrelazan con el capitalismo triunfante, como ha sucedido en las guerras de conquista, los tratados de libre comercio, la expansión de la inversión, la relocalización industrial y la apertura de mercados en los confines de la Tierra. En esencia, se ha confirmado la visión forjada por los dominantes, esto es, el proyecto que hace de la democracia la forma de gobierno que corresponde a la égida del capital global.

En la democracia moderna, la elección de los prohombres de la clase política representa el pináculo de la democracia y la culminación de la participación ciudadana, después vendrán los procedimientos de toma de decisiones en recintos cerrados de conformidad a acuerdos tras bambalinas y en consonancia con los grandes intereses del capital y las consabidas razones o secretos de Estado (*arcana imperii*). Un ejemplo cimero son los comicios presidenciales mediante el sufragio universal, con procedimientos

que pueden incluir el voto «universal, secreto y directo», sancionado por organismos supuestamente autónomos y donde el conteo de votos atribuye una supuesta igualdad entre los ciudadanos, bajo la fórmula de «una persona, un voto, un valor» —si es que acaso no se comete fraude electoral para contabilizar más votos a favor de determinado candidato oficialista o comprar y coaccionar la voluntad de los electores—, ecuación que los teóricos, politólogos, comunicadores y comentaristas suelen presentar como la consagración de la democracia, su momento cumbre, que cristaliza la presunción de que «todos los seres humanos tienen el mismo valor intrínseco» (Dahl, 2008). Sin embargo, en un sentido crítico, puede considerarse como su versión opuesta: el socavamiento de la democracia por la vía de la declinación institucional de lo que se acepta o considera como poder popular, y la canalización del voto hacia la forma convencional de representación y legitimación del poder depositada en una determinada persona, habitualmente un personero de la oligarquía estatal articulado con los intereses corporativos del gran capital, o eventualmente de un político emanado de fuerzas políticas asumidas como progresistas o de izquierdas, en representación de un pueblo, pero que a la postre termina por coaligarse con el bloque de poder burocrático dominante. Lo mismo ocurre con elecciones de gobernadores, presidentes municipales, senadores y diputados, aquí sólo se trata de un problema de escalas regionales. Asimismo, el esquema suele replicarse en otros ámbitos institucionales que asumen procedimientos en apariencia democráticos mediante la elección de sus representantes.

La noción de representación política alude, en su sentido original, a un grupo social destinado a ejercer el poder porque detenta la facultad de representar al conjunto de la sociedad, el denominado «interés general». Esto no significa que el pueblo sea representado por los delegados, sino

que habrá de ser gobernado por una específica clase, que supuestamente posee facultades representativas en la medida en que se atribuye o le ha sido conferida la capacidad de la representación de la sociedad y en esa medida asume sus intereses. En distintos episodios históricos, quienes detentan la representación han tomado las grandes decisiones que conciernen al conjunto social, desde la promulgación de la carta constitucional, que da paternidad a una nación e institucionaliza el mito fundacional, hasta las políticas públicas de los gobiernos de turno que cotidianamente van moldeando las relaciones entre Estado y sociedad.⁹

Perversión democrática

En el mundo al revés, el sistema capitalista, que asume un triunfalismo en el nivel planetario, se apropia del término democracia como si estuviese imbricado en su ser interno. El sistema de representación, tal como se escribe la democracia burguesa, y el sistema oligárquico, el gran poder

⁹ Por ejemplo, la constitución de mayor antigüedad, vigente todavía y que data del siglo XVIII, es la de Estados Unidos, el país que se asume como la principal democracia del orbe; pero la versión original fue redactada por la élite social entonces integrada por los terratenientes ilustrados, una específica clase social dominante que por serlo se arrogaba el derecho de representación de las clases subalternas; la elección de los representantes atendía a un procedimiento tradicional de raigambre aristocrático, por lo cual dicho acto constitutivo contradice la esencia de la democracia, cuyo principio es más bien de talante anárquico, no confiere la potestad de gobernar a quien ostente la posesión de una forma de superioridad social proveniente de una clase, casta o dinastía.

Entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, la burguesía, que ostenta la propiedad del capital, desplaza del poder a los señores feudales, los dueños de las tierras que ejercían el dominio antes de la revolución industrial, época predominantemente agraria, además impuso las leyes y la organización política y militar necesarias para el funcionamiento del capitalismo.

fáctico, se metamorfosearon para cubrirse con el halo democrático, pero asumieron la representación adulterada de aquello que les es ajeno, puesto que no está entre sus objetivos formar una sociedad democrática. Al apropiarse de la denominación, confiscaron lo que se supone es su fuente nutricia, el pueblo, concretamente, el poder del pueblo, donde dimana la soberanía popular, las luchas libertarias que acometen una dialéctica desituyente e instituyente, destructiva y creativa. Al capturar la nombradía y preservar la denominación de la democracia como un asunto consustancial al capitalismo, lograron también pervertir algunas nociones básicas.

El Estado de derecho se erige como un gran paraguas que cubre y acota al poder estatal dentro de un sistema legal alineado a una misma sintonía, los intereses del gran dinero, ejercidos bajo el estatuto de validez y obligatoriedad para todos, aun cuando las élites suelen no acatarlas, sino a conveniencia, o retuercen las leyes para normalizar la violencia, la criminalización y la contrainsurgencia como una forma de Estado de excepción no declarado o la legalización de lo ilegal (Benjamin, 1942; Agamben, 2004; Mbembe, 2011). El sistema de representación se asume como la forma democrática del gobierno del pueblo, pero es una encarnación de los intereses de las élites, la llamada clase dirigente o clase política que aglutina a los poderes oligárquicos y a los intereses imperiales, y que tiene bajo su control a la burocracia política y a la tecnocracia que gobierna en su nombre.

Enunciado como el ejercicio del poder del pueblo, el ideal democrático es resueltamente dislocado cuando se mantiene en realidad una separación entre las élites políticas y la ciudadanía como una reproducción de las relaciones de mando-obediencia mediatizados por una democracia minimalista que se constriñe al acto electoral protagonizado por una ciudadanía minimalista, cuyo espíritu está envuelto por una servidumbre voluntaria.

Fetichismos

En el capitalismo canalla, donde el fetichismo de la mercancía y la subsumción del consumo por el capital imponen las formas de representación, comunicación y estetización del mundo, la democracia liberal ha devenido mero espectáculo de masas en tanto acto representacional desconectado del mercado de trabajo y las dinámicas de acumulación y una presencia desmedida de la mercadotecnia electoral, en el que interviene un aparato fastuoso de propaganda con discursos vacíos de contenido. En el desarrollo de la sociedad capitalista el espectáculo ha tomado preponderancia como forma de representación y simulación, pues lo que importa es la apariencia, más el parecer que el ser. De acuerdo con Guy Debord: «La fase presente de la ocupación total de la vida social, por los resultados acumulados de la economía, conduce a un desplazamiento generalizado del *tener* hacia el *parecer*, del cual todo «tener» efectivo debe obtener su prestigio inmediato y su función última» (1995:12). La vida real es suplida por un cúmulo de imágenes, las relaciones sociales entre las personas parecieran estar mediadas por una imagen representada. «El espectáculo es el momento en el cual la mercancía ha llegado a la *ocupación total* de la vida social. No solamente la relación a la mercancía es visible, sino que no se ve más que ella: el mundo que se ve es su mundo» (Debord, 1995:24). La mercadotecnia ofrece las posturas políticas, los discursos y las candidaturas como mercancías espectaculares envueltas para el consumo masivo.

La perspectiva dominante sobre la democracia, la apología liberal burguesa, impone la tónica de que el pueblo se limite a emitir un voto para elegir ritualmente a quienes, se supone, serán sus representantes en las diversas esferas del gobierno y el parlamento. De modo que la noción de

poder del pueblo termina por reducirse a la figura de mayoría plasmada en los comicios, con el fin de que en la práctica sea encarnada por un selecto grupo de políticos quienes, por efectos de la delegación, asumen la representación popular. En esa lógica de transmisión del poder la entidad de pueblo no parece ser la fuente originaria, puesto que alude en realidad a una población abstracta, cuando no a un mero padrón electoral. Sin hacer ninguna distinción de clase social proclama la máxima liberal «una persona, un voto, un valor», aunque de ello no se puede deducir que dicha abstracción anteceda a su forma de representación, pues el carácter político del pueblo exento de contradicciones sociales no puede aludir a una población inerte que preceda a las instituciones y a las prácticas del poder. En todo caso, la entidad originaria radica en el proceso constituyente que engendra al pueblo en su dimensión política, porque la constitución política funge como el marco general de las instituciones y las prácticas. A partir de esa instancia formal, emanada de un pretendido pacto social, el pueblo es troquelado en términos políticos como ciudadanía, entonces el gobierno representativo no puede representar a un pueblo que existiera de antemano, sino que se convierte en el agente productor, en términos políticos, del pueblo, la ciudadanía indiferenciada. En esa inteligencia, la noción de pueblo, que ha sido producida por el mecanismo de representación, no corresponde al concepto de gobierno democrático, donde sea el pueblo, por sí mismo, sin intermediarios, el que ejerce el poder.

Además de la explotación y la superexplotación, la corrupción es un mecanismo que exacerba la concentración de riqueza de forma superlativa; también es una forma de apropiación de lo político por una élite social que conculca el poder soberano y se arroga la facultad de representación de todos para sí misma, con lo cual hace posible la fetichización del poder

(Dussel, 2006), crea la simulación de que se convierte en la viva fuente del poder, recreando la tentativa de que sólo una clase política, un grupo privilegiado, tiene la capacidad de ejercer el poder a nombre de todos, pero defendiendo sus intereses y privilegios. Desde esa perspectiva dual, la lucha contra la corrupción deviene una lucha de profundo contenido democrático. Aunque es un terreno confuso porque los políticos de derechas, incluso de extrema derecha —como ciertos populismos y neofascismos en boga—, acostumbran enarbolar exitosamente, en términos electorales, la lucha contra la corrupción como bandera política, desencajándola de los vínculos estructurales que tienen bien ceñidos con la explotación y el fetichismo, para dejarla solamente como un asunto de moralidad, de deliberación discursiva y de litigio mediático, que suele resolverse con el procesamiento de chivos expiatorios.

Malestar en la democracia

A escala mundial se ha propagado un diagnóstico desfavorable sobre la democracia, que refleja un profundo malestar social inmerso en la crisis general del capitalismo, una crisis de talante civilizatorio (Márquez, 2017); inclusive la propia idea de democracia se rechaza o cuando menos se niega que exista en la realidad política. En el capitalismo contemporáneo, el asunto de la crisis de la democracia se expresa como un problema de malestar, desencanto o enfermedad (Galli, 2011; Rabotnikof, 2009; Pradera, 2014), hasta de su propia muerte (Keane, 2018).

Una visión deplora la decadencia de la democracia debido a la separación de los representantes políticos y la masa inerte del pueblo, en la que los

políticos profesionales se amotinan dentro de una burbuja autorreferencial distanciada de los problemas nacionales. La solución primordial del desencuentro político estaría en la restauración de la relación entre ciudadanos y clase política. En esa inteligencia se denuncia la imposición de una cultura política basada en la razón neoliberal articulada por el individualismo, la competencia y el consumismo (Laval y Dardot, 2013; Brown, 2015) que degradan a los trabajadores y ciudadanos hasta convertirlos en seres egoístas, apáticos y distanciados de los intereses de la colectividad, la solidaridad, lo público y lo común. Al mismo tiempo que se hace un llamado para restablecer el buen gobierno, según determinadas virtudes cívicas que tendría un pueblo comedido, se solicita a los gobernantes que trabajen, que no sean corruptos, que se aproximen a la gente y respondan a sus peticiones y a sus problemas, que sean transparentes y justifiquen sus acciones, además que tengan presente el interés colectivo por encima de los intereses particulares de su propia clase. Con todo, el buen gobierno y la buena gobernanza vendrán del proyecto neoliberal según las premisas y tutela del Banco Mundial (2017).

En contraste, otra visión plantea que no existe un supuesto malestar de la democracia, dado que el distanciamiento de los gobiernos frente al pueblo que dicen representar corresponde al funcionamiento corriente y habitual del sistema político. Así, la forma política de la democracia, la cual se estipula bajo la fórmula del poder del pueblo, sólo es una apariencia, una mentira, que esconde la dominación de clase, la cual sería la sustancia del realismo político capitalista (Márquez, 2013). En el sistema de dominación y explotación característico del capitalismo, la crisis de la democracia devela la dislocación estructural entre teoría y práctica, resultado de la separación entre su significado y la realidad, esto es, entre el

supuesto poder del pueblo y el poder verídico de una oligarquía estatal, desprendida del pueblo y compinche de la oligarquía económica que actúa simultáneamente en los planos nacional y global.

Democracia radical

En un sentido profundo, la democracia no significa que la mayoría delegue el gobierno a una minoría, una clase política dirigente, la cual se ostenta como una élite provista de un carácter inapelable de distinción y privilegio, sea por riqueza, dinastía o experticia —la tecnocracia se arroga un conocimiento experto para administrar la esfera pública en conjunción con los negocios privados—, como atributo irrefutable para encarnar el poder, sino que alude a la idea más radical de un poder asumido por las clases, comunidades y grupos sociales subalternos que no detentan ninguna forma o mácula de supremacía, pero cuya autodeterminación les confiera la capacidad de ejercer de por sí el poder. De entrada, no disponen de la propiedad de los grandes medios de producción, no controlan las condiciones materiales de existencia y no están organizados políticamente para actuar conforme a sus intereses materiales; sin embargo, en ocasiones pueden asumir el principio antagonista y ser capaces de recrear ámbitos de autonomía, incluso alentar proyectos de emancipación con distintos grados de alcance (Modonesi, 2016). La cuestión democrática nos impele a descifrar cuáles son estas clases sociales subalternas, estos sujetos desposeídos, estas comunidades periféricas, llamados eventualmente a ejercer un poder popular genuino, radicalmente democrático, conectado a un proyecto emancipador, es decir, el que definan los propios movimientos

populares, los sindicatos independientes, los partidos de los trabajadores y cualquiera forma de articulación de sujetos sociales transformadores. ¿Se trata a caso de un sujeto de la historia, que al emanciparse de las garras de la explotación y la opresión liberará a la humanidad en su conjunto o de sectores más específicos, menos pretenciosos, que buscan controlar sus espacios territoriales, sus modos de vida o, a lo sumo, reivindicar sus identidades y sobrevivir en los intersticios del capitalismo rampante? En una sociedad desgarrada como la capitalista, ¿qué orientación y alcance pudiera tener el ejercicio del poder popular y, en general, de lo que se designa como democracia real, aquí y ahora?

Más aún, la democracia radical es aquella donde el pueblo trabajador, que es la mayoría de la población, se gobierna a sí mismo; el pueblo democrático discute y decide por cuenta propia en la asamblea del pueblo y sólo delega la ejecución de tareas y actividades, no por elección sino por sorteo (Aristóteles, 1988), de manera que no designa diputados para que discutan y decidan en su nombre en el parlamento. No se trata de que trabajen incorruptiblemente los gobernantes sino de que se gobiernen a sí mismos los trabajadores. El principio del poder del pueblo no significa el poder de la mayoría, sino de quienes no disponen de un atributo especial que les confiera de antemano la potestad de ejercer el poder, por lo que la representación, basada en el principio de la democracia del pueblo, parte del supuesto de que la colectividad comparte una capacidad.

El hecho de no recurrir a formas y procedimientos petrificados, le confiere a la democracia un carácter auténtico y renovado. Esto le imprime un sentido legitimado a lo político y permite que el auténtico poder político se despliegue por encima de las formas fetichizadas del poder político, es decir, fundadas en la corrupción política de la pretendida superioridad de

quienes ostentan los cargos de la burocracia política y gubernamental, que se arrogan el estatuto de la representación popular.

Una democracia genuina es irreductible a una determinada forma de gobierno, tampoco se constriñe a un mecanismo por el que se distribuye el poder entre la clase política. Invoca a un poder que se ejerce y se sobrepone a los procedimientos institucionales que distribuyen el poder como parte de la reproducción del sistema político, entonces como praxis política no se coagula en un entramado de órganos estatales, va más allá del establecimiento de relaciones entre amo y esclavo, o en un sentido moderno entre gobernantes y gobernados. Aunque la auténtica democracia estaría siendo negada si por ella se entiende el poder de una clase social o una forma social de existencia, como el capitalismo o su expresión más acotada y contemporánea de neoliberalismo. Desde la perspectiva de la praxis política alude a la puesta en práctica del poder de los sujetos sociales en distintos ámbitos, y esa practicidad tiene como elemento implícito el poder de desvanecer la asignación de identidades por los mecanismos de la convención y las normas. Por añadidura, puede disolver las posiciones y las competencias, incluso posee la capacidad de destruir la forma de distribución que separa lo social y lo político, lo económico y lo político, lo cultural y lo político.

En los hechos subsiste una imposibilidad práctica de la democracia radical y generalizada en el capitalismo, salvo experiencias a pequeña escala, por lo que el cambio de sistema es determinante para una verdadera democracia.

Pensar desde la práctica

En la célebre tesis XI sobre Feuerbach, Marx expresa una proposición axial: «Los filósofos sólo han *interpretado* el mundo de distintas maneras; de lo que se trata es de *transformarlo*» (Marx, 2011:121). Desde entonces se revisita la necesidad de articular teoría y práctica a fin de impulsar el cambio social sustantivo. A partir de ese horizonte ancho y dinámico de comprensión puede asumirse la necesidad de un pensamiento político formulado desde la exigencia de la práctica con la tentativa de detectar las potencialidades de transformación presentes en un determinado momento del desarrollo social (Zemelman, 1989). Para una democracia radical en el tiempo presente, el aquí y ahora, pero también para la posteridad, el desafío consiste en pensar desde la filosofía de la praxis, según el precepto marxista de interpretar y transformar el mundo (Sánchez, 1983), hacer de lo imposible lo posible, superar en definitiva la forma de universalidad comúnmente aceptada que emana de las principales instancias de dominación —Estado, capital e Iglesia— que en la moderna sociedad capitalista pretenden totalizar sus principios, normas y castigos con objeto de avizorar y explorar un horizonte donde prime la universalidad de la praxis emancipadora, dentro de una unidad en la diversidad, como síntesis de múltiples determinaciones (Marx, 1986). Imaginar y poner en práctica un poder social emanado de la soberanía popular —el sujeto colectivo despojado, explotado y oprimido— acorde a un proyecto de transformación, aún en determinadas circunstancias críticas, como las particulares que impone el actual colapso civilizatorio dentro de una modernidad capitalista decadente, pudiera resultar de la articulación de un sujeto colectivo, como un movimiento social multclasista, o impulsado por una subjetividad social

alternativa contrapuesta a la neoliberal y basada en preceptos como la solidaridad, o bien pudiera cristalizar en formas de autonomía que afloran como resistencia a la violencia y el despojo.¹⁰ Desde abajo, donde se ubican las clases populares, las comunidades campesinas e indígenas, los excluidos, se gesta esa dramaturgia de la resistencia y la emancipación que configura una forma de universalidad dentro de la diversidad social, una praxis contrahegemónica que viene dictada no por la teoría ni por los programas políticos sino directamente por las prácticas, la concientización, la organización, la resistencia, la acción. Aunque, valga decirlo, no es pura práctica espontánea, inmediatista, desorientada y sin visión política, es una práctica que construye conocimiento, impulsa la reflexión y el trabajo teórico. La unión de la práctica y la teoría es el fundamento para la formación, en el proceso mismo, de un sujeto colectivo afanado en impulsar un proyecto utópico, necesario, de emancipación humana.

En el decurso del capitalismo moderno, la historia de la democracia despliega prácticas que trasgreden el nexo entre lo público y lo privado, lo nacional y lo mundial. La unión entre teoría y práctica es muestra fehaciente de la forma en que una instancia que se asume como democrática —sea un Estado o de modo más específico un partido político, un sindicato o una universidad—, además de proclamar la urgencia de democratizar a la sociedad en general, requiere, debido a la más elemental congruencia ético-política, la instauración de la vida democrática en el seno de su

¹⁰ Ejemplos en gestación son la autonomía zapatista en el México neoliberal o los movimientos rurales en defensa del territorio ante el embate de megaproyectos mineros, petroleros, hidráulicos, turísticos que se han diseminado por América Latina, aunque también en Europa, en oposición a la construcción de aeropuertos o trenes de gran velocidad. La defensa del territorio emerge como una resistencia popular ante el despojo capitalista de la «acumulación originaria permanente» (Amin, 1985).

organización. Lo mismo sucede con movimientos sociales y activistas políticos que defienden causas particulares —p.ej., los derechos humanos, la defensa del territorio, la equidad de género—, los cuales deberían conciliar los dichos y los hechos, hacia afuera y hacia adentro. A lo largo de la historia de las luchas sociales es posible corroborar el protagonismo de movimientos obreros, feministas, estudiantiles o pueblos originarios que, en primera instancia, se distinguen por demandar derechos específicos que les confieren cierta identidad, a la vez que establecen cierto tipo de organización y de práctica política que les permiten encauzar el ejercicio de los derechos que requieren desde los espacios independientes y autónomos que se van construyendo por la vía de los hechos. Hacen posible la praxis social, la unión crítica entre la teoría y la práctica expresada en la autodeterminación; una concientización de que en tanto sujetos sociales poseen derechos que para ser ejercidos no requieren necesariamente el aval de los órganos del Estado, y que para que sean efectivos deben ponerse en práctica, ejercerse cotidianamente, con la finalidad de que sean reconocidos como conquistas sociales, en los planos legislativo y cultural, en tal caso se trataría de derechos adquiridos y no de meros privilegios sujetos a negociación, como arguye la ideología liberal. En diversos pasajes del siglo XIX y XXI, el teatro de la transformación social ha experimentado la puesta en práctica, inmediata y directamente, de valores inspiradores de las revoluciones sociales: igualdad, solidaridad y fraternidad. En ello subyace un momento destituyente y constituyente, una progresión social que abre cauces hacia la democracia. Sin embargo, los movimientos contrarrevolucionarios, a menudo operados desde el Estado, han logrado dismantelar diversas conquistas sociales, bajo los antivalores inspirados en el neoliberalismo: desigualdad, competitividad y libre mercado.

Las nuevas formas de hacer política parecen estar desorientadas y protagonizadas por grupos espontáneos sin antigüedad militante ni membresía partidaria, incluso sin programa político, movidos por el sentido de la indignación (Hessel, 2011). Individuos, grupos, organizaciones rebeldes e insumisos que aparecen donde no son bienvenidos, donde el sistema capitalista y su sistema de poder los consideran indeseables, transgresores o simplemente fuera de lugar, súbitamente se manifiestan como lo que no se advertía que fuesen o llegaran a ser: sujetos políticos en resistencia, en acción, en deliberación. Las viejas formas de manifestación pública aun parecerían renovarse cuando marchan por las vialidades u ocupan espacios de reunión pública y cambian el uso que se les confería a calles, plazas, centros de trabajo, universidades, entre otros lugares donde convergen subjetividades en resistencia y rebeldía. Un cúmulo de fuerzas antihegemónicas que se oponen al capitalismo global actúan localmente mediante la ocupación de espacios públicos de la educación, la salud, la vivienda y la propia política que habían sido cedidos a las fuerzas del mercado (Roitman, 2012).¹¹

La apropiación del espacio público con fines políticos reconvierte el uso habitual de esos lugares y modifica los flujos de circulación, trabajo, estudio; pero quizá lo más importante es que reconvierte esos lugares en espacios de encuentro, deliberación y manifestación de sujetos políticos que emergen a la vida común, y que no necesariamente estaban predispuestos para hacerlo,

¹¹ Ejemplo de ello son movimientos sociales de nuevo tipo como la Primavera Árabe, Ocupa Wall Street, los Indignados y #YoSoy132. También el «ciclo progresista» en América Latina articula movimientos sociales y frentes electorales contrapuestos a los gobiernos neoliberales que ganan elecciones presidenciales y permiten el asenso de gobiernos populares. Además, las formas comunitarias y autonomistas como el neozapatismo y los sintierra, junto a las luchas por el territorio y la reivindicación de la política de lo común.

por carecer de conciencia política o experiencia militante. Después de inmiscuirse en la organización se transforman como individuos y se politizan para adherirse al sujeto político en ciernes. Se trata entonces de la puesta en común de lo público, que deja de ser un dominio de la autoridad o un espacio neutral y despolitizado, y de la emergencia de un poder popular que puede disolverse y a lo sumo quedar registrado en la memoria o direccionar nuevas formas de organización y participación política en espiral ascendente. Dentro del esquema de dominación, estos colectivos cumplen también un papel pedagógico para la formación política de la ciudadanía apática y desinformada, puesto que, al insubordinarse, actúan de modo no convencional, se alejan de la servidumbre voluntaria. Para el observador afecto al estado de cosas ese actuar es desconcertante, empezando por las fuerzas del orden público, pasando por los medios de comunicación hasta los guardianes de la moralidad y las buenas costumbres, que todavía perviven entre los círculos políticos conservadores. De alguna manera evocan al escribiente *Bartleby*, que una y otra vez dice al patrón: «Preferiría no hacerlo» (Melville, 1998), pues osadamente dejan de cumplir sus papeles sociales, se convierten en desobedientes civiles o en manifestantes políticos, en lugar de perpetuarse como sujetos sujetados que deben cumplir su deber y atender su obligación, según la puntillosa óptica del poder. Aunque no se les había preparado para tal irrupción, son capaces de ejercer determinadas capacidades políticas tipificadas ya en su constitución social.

El reto significa ubicar esa lucha más allá de la consabida denuncia, que suele tomar tintes de escándalo comunicacional —la forma contemporánea predilecta de los medios de información convencionales— para retomar los hilos de la conexión radical entre explotación y progreso, violencia y legalidad, corrupción y gobernabilidad, desigualdad social y democracia.

Este punto es por demás revelador en la medida en que la diferencia nodal entre ambos movimientos (por una parte, los democráticos y los representativos; y, por otra parte, la política populista) es que no se limitan a la denuncia de las élites corruptas, sino que se abocan a objetivos específicos centrados en la lucha por la transformación social sustantiva, la emancipación humana. No se detienen en proclamas reformistas como rescatar el capitalismo o exigir una moralidad republicana. Por tanto, recrean hasta donde pueden, una práctica democrática enfrentada a un modo de corrupción preciso, anclado en determinado aparato del Estado, en lugar de luchar contra la corrupción en general en nombre del pueblo bueno. Aun así, puede quedar reducida a una lucha temática, reivindicativa, defensiva, no necesariamente transformadora del Estado, las instituciones y las relaciones de dominación.

Actualidad de la democracia

La democracia es irreductible a una forma concreta dentro de la institucionalidad capitalista, rehúye el estancamiento, pues significa una capacidad de transformación social, un proceso que involucra una fuerza social que despliega una visión del mundo; en esos términos un poder refiere a una praxis sin estar contenida en una forma preestablecida, sino que se ve compelida a crear sus propias formas y métodos para hacer que la organización y movilización conciten la puesta en práctica de un poder común, una capacidad transformadora. De suerte que desplaza el juego de las posiciones que apoltronan las relaciones entre gobiernos y gobernados y sus marcos institucionales habituales, así como entre la potencia latente de

los sectores populares y el ejercicio del poder común, entre lo privado y el ámbito de lo común (Laval y Dardot, 2015).

Sin embargo, la democracia requiere una puesta al día, en el contexto de la modernidad capitalista y con miras a la construcción de otra sociedad, o al menos de la apertura de espacios de socialización autónomos y dignos dentro del capitalismo tardío. El punto clave radica en actualizar las fuerzas sociales de transformación que persisten dentro de la sociedad capitalista, que pese a todo está dominada por la idea de democracia del poder oligárquico.

En la esfera política, la comunidad imaginaria existe como una forma de articulación social que une a los hombres y mujeres a su respectiva clase social y de manera agregada a las diversas clases sociales bajo el manto de una supuesta identidad nacional. Dentro del capitalismo, la burguesía y el proletariado, a la sazón las clases fundamentales, no pueden existir una sin la otra, se recrean mutuamente, pero en la lucha política, las posiciones básicamente se bifurcan, porque atienden a intereses de clase contradictorios: las que defienden el sistema capitalista y las que lo cuestionan, más allá de las variantes que aparecen en el interior de cada postura. En estas condiciones, la práctica de la democracia se reivindica desde dos posturas antagónicas: la formal, que establece una relación de igualdad formal, y la real, que identifica una relación desigualdad.

El sector oligárquico aglutina en un mismo horizonte diversos elementos que plasman su visión del mundo acorde a sus intereses, pero que constriñen los márgenes de comprensión sobre el acontecer político donde el Estado de derecho burgués, la democracia liberal y el sistema de representación aparecen entrelazados. En ese conjunto la tentativa de democracia está acotada al régimen gubernamental que corresponde al interés de la oligarquía y se sujeta a las formalidades del derecho capitalista y los consabidos mecanismos

formales de la representación. La visión dominante afincada en los países considerados democráticos, que siguen la imagen del país que funge como hegemon, o se asemejan a su funcionamiento, establecen un nexo íntimo entre la pauta democrática y el interés oligárquico. Aunque la incompatibilidad de ambos términos de la relación ha sido evidenciada reiteradamente en la historia del capitalismo.

En tanto forma de poder ejercido en común, el poder popular de manera constante es sofocado, incluso privatizado, por la oligarquía estatal, cuyo interés es expandir su propio poderío, así sea sin buscar el consentimiento, por la fuerza, en desdoro del ideal democrático que alude a la puesta en práctica de la capacidad común a todos. De hecho, en el capitalismo contemporáneo el sistema oligárquico significa la unción de la oligarquía estatal con la oligarquía económica hasta el punto en que el poder del Estado y el capital aparecen como una capacidad centralizada, monopolística, irrefutable, capaz de actuar con prepotencia e imponer su visión del mundo. Debido a esta perversión notable de la democracia se esgrime un cuestionamiento al vínculo entre el Estado de derecho liberal, la democracia formal y el sistema de representación que articulan la dimensión política del capitalismo. No obstante, se hace sin aclarar que este vínculo es meramente formal, distinto de uno que en ocasiones pudiera ser propicio para una nueva sociedad, en el futuro o en el presente inmediato, a través de la invención de formas de articulación inéditas que disuelvan la contradicción entre las dimensiones política formal y real, como sucede con el diferendo entre democracia formal y democracia real.

Desde el punto de vista que identifica el predominio de la desigualdad social en la realidad capitalista, la perspectiva marxista asume que la igualdad política es una falacia que se mueve entre la apariencia política de la

igualdad y la realidad económico-social profundamente desigual. La democracia representa entonces la forma estatal más conveniente para que la clase capitalista ejerza la dominación, en razón de que el poder político es un reflejo de la explotación capitalista (Moore, 2011). Para Marx y Engels: «El poder político en sentido propio es el poder organizado de una clase para someter a otra» (2011:79). La premisa básica es que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, determinada por las condiciones económicas que posibilitan la organización social. Las restantes esferas de la sociedad —cultura, política, derecho e ideología— se articulan para garantizar que las formas de producción se sigan reproduciendo, es decir, que se mantenga la correlación de mando-obediencia entre clases dominantes y clases dominadas (Therborn, 1979). Sin embargo, las formas políticas y jurídicas encubren la dominación y explotación capitalista, que tienen un origen violento y que se perpetúa mediante la violencia conforme el capitalismo se desarrolla y expande.

Lejos de ser formas libres de funcionamiento político, la democracia burguesa y la competencia electoral encubren principios desiguales que nunca se cuestionan (como la propiedad privada) y que sustentan la dominación burguesa. En caso de que se coloquen en la mira, el orden social y sus principios básicos son garantizados por la violencia. En ese contexto, la idea de cambio social no deviene de los procesos electorales y la opinión pública sino por las transformaciones sociales y económicas. La organización social no puede modificarse en verdad mientras no se realicen cambios en el modo de producción, pues la humanidad está condicionada, en última instancia, por el sistema de producción y reproducción.

En tanto la égida del trabajo alienado somete a la mayoría de las clases trabajadoras y a sus familias, la gran mayoría de los sectores populares no

son realmente libres para pensar, elegir y actuar, no están emancipadas, de ahí que la figura liberal del consenso social es una mera entelequia. Por lo demás, la violencia es un mecanismo estructural y recurrente que soporta la dominación y explotación de las clases poseedoras sobre las desposeídas.

Poder transformador

El capitalismo moderno se debate entre el proyecto dominante, unidireccional y autoritario de los poderes unidos del capital y el Estado, y del conjunto de los llamados poderes fácticos, que promueve la desigualdad entre las clases y grupos sociales, regiones y países. Aunque también promueve una multiplicidad de versiones dislocadas y en ciernes por estar continuamente en reconstrucción o deconstrucción, de proyectos alternativos estimulados por el principio de la igualdad en las orillas y confines del mundo común dominante que lejos de ser homogéneo y equilibrado está plagado de grietas y contradicciones, merced a una arquitectura del poder que funciona a trompicones y con la imposición de la fuerza, la violencia y la ideología.

En la moderna sociedad capitalista, signada por una profunda desigualdad, el ideal de igualdad aparece como un proyecto utópico irrealizable. Sin embargo, la tentativa de igualdad no representa un objetivo por alcanzar o un indicador calibrado por algún barómetro político, significa un principio teórico y práctico que orienta los grandes proyectos de transformación social. Especialmente los encaminados hacia la superación de las relaciones sociales de explotación y dominación con el propósito de

construir una sociedad de hombres libres. Es claro que, desde esta perspectiva, pueden diferenciarse explícitamente los proyectos conservadores y reformistas de aquellos que postulan la emancipación humana.

El proyecto de emancipación consiste en una lucha por superar una determinada sujeción identificada a partir de una posición social subalterna, dominado o dependiente. La emancipación humana (Marx, 2007) y la emancipación obrera ha significado la liberación de las cadenas del trabajo forzado, la enajenación y la explotación (Marx y Engels, 2011), para construir un reino de la libertad, un hombre nuevo, no sujeto a la dominación del capital, y que más que ser una clase social se transfigurara en un poder colectivo con formas de representación sindical y partidaria, hasta llegar a construir una dictadura del proletariado, un Estado obrero que estaría en vías de disolución. La emancipación popular frente al poder imperial supone una articulación nacional para superar el colonialismo y el neocolonialismo a fin de contener la sangría de plusvalor hacia las metrópolis, entablar relaciones económicas y políticas no asimétricas y alcanzar la soberanía nacional. Lo anterior no supone, necesariamente, la solución de los conflictos internos de clase, puesto que la burguesía nacional actuaría en un frente unido con las clases populares. Otras formas de emancipación, más acotadas, derivadas de las políticas de la diferencia se refieren a la emancipación de la mujer del dominio patriarcal, a la emancipación de los jóvenes del dominio de la familia tradicional, a la emancipación del estudiante del dominio del maestro y de los sistemas pedagógicos autoritarios (Freire, 2005), a la emancipación del ciudadano del dominio de los gobernantes.

La fragmentación de las luchas diluye al potencial de emancipación a gran escala y la tentativa de un cambio social, pero al mismo tiempo la

propagación de la práctica democrática permite que nuevos sujetos sociales se reivindiquen y actúen en consecuencia para construir otras relaciones desde sus ámbitos de vida y acción. La conjunción de fuerzas sociales, desde una visión clasista convergente y un proyecto político emancipador de amplio espectro puede, eventualmente, poner en jaque a los grandes poderes de la sociedad contemporánea, el Estado, el capital y la religión. El ideal de emancipación o liberación repercute en una idea de política que no se reduce al conflicto de fuerzas, sino que alude a la disputa de proyectos societales, modos de vida que pretenden desarrollarse al adoptar el proyecto de la democracia moderna que se asume como una práctica que propende a la creación de formas igualitarias como precepto de la noción de emancipación.

El nexo crítico entre emancipación e igualdad concita, al menos, dos aspectos. El primero es la consideración de la igualdad como un principio movilizador, no significa propiamente una meta u objetivo cuya realización agota el proceso y la acción, como podría ser alcanzar la formación de una sociedad fundada en preceptos equivalenciales; no se trata de cruzar una meta, sino que significa un punto de partida que determina la forma de una práctica específica. El segundo aspecto de la igualdad es que no es mensurable, se verifica en el plano de la acción como parte del proceso, mal haríamos en ajustarla a una medida que equipare a los individuos según determinados estándares. En todo caso se requiere ponderar la potencialidad de individuos y colectivos que al actuar ponen en común el poder, un poder social compartido, no un poder abstracto de la mayoría de los ciudadanos o de las estructuras de representación convencional. Así, la acción política no produce como resultado o parámetro la igualdad, despliega un proceso que posibilita el ejercicio de la igualdad. En palabras

de Gambetta (1876): «La verdadera democracia no estriba en reconocer a los iguales, sino en hacer iguales» (citado en Nicolet, 1982:492). En esos términos, la democracia está aún por emerger.

En la práctica se verifica el hecho de que determinados sujetos actúan sin ostentar insignias de superioridad alguna, porque simplemente son portadores de la potencialidad y la acción que puede ser compartida en la práctica por los individuos y colectivos que actúan en común. Por ende, la praxis política es una forma de recreación de la democracia y una activación de la igualdad y la libertad, hasta el punto en que quienes participan de ello lo pueden asumir como un proceso tangible y real, dotado de sentido práctico. Entonces, el proceso de emancipación o liberación en ciernes trasciende el marco formal del derecho o la contradicción entre la desigualdad fáctica y la igualdad formal. De suerte que la idea de igualdad se manifiesta como un atributo mundano, en la sociedad real, en el espacio común, en oposición al sistema mundial capitalista basado en la desigualdad y la dominación.

Luchas proletarias

En la crítica marxista se cuestiona seriamente tanto a la democracia formal como a los derechos del hombre por ser una mascarada de dominación burguesa y una abstracción del hombre universal que encubre el sistema de explotación. No obstante, esta visión enarbola una idea positiva de una democracia real que tendría verificativo en una sociedad por venir —p.ej., el comunismo— donde se habrán de derrocar las relaciones de explotación y dominación, para cristalizar la igualdad material y subjetiva entre los miembros de la sociedad, al menos en la teoría.

En la literatura política, el ejemplo más emblemático es el de la *Comuna de París*, de 1871, donde Marx advertía en una crónica de la revolución proletaria la capacidad de los trabajadores, hombres y mujeres ordinarios, los comuneros, «estos parisienses, que tomaban el cielo por asalto» (Marx, 2010:104), para rehacer su propio espacio vital, convertirlo en un espacio común de igualdad. La idea de democracia que estaba recluida en las instituciones resguardadas por las élites de repente era apropiada por los obreros, los sujetos revolucionarios, quienes ponían en juego una diversidad de prácticas que subvertían la convencionalidad y recreaban las formas de vida, desde los aspectos cotidianos a los más generales. La irrupción de los comuneros en las jornadas revolucionarias y huelgas hacían que el ciclo del capital hiciera cortocircuito; inclusive los trabajadores asumían la gestión directa de la producción y reconvertían la ordenanza jerárquica entre quienes mandan y quienes obedecen.

El problema radica en que al luchar por esa democracia utópica se debe transitar por el realismo capitalista y su sistema de poder que resguarda la falacia de la política, la democracia burguesa y el teatro electoral. Además, persiste el desafío de que la mitología del sistema representativo sólo será derrocada cuando se destronque el régimen de acumulación de capital y la reproducción social que le dan vida y sustento al capitalismo, con lo cual se tiene que lidiar. De tal suerte que el Estado de derecho, la democracia liberal y el sistema de representación coexisten en una sociedad desigual y excluyente que, parafraseando a Antonio Gramsci, no termina de morir y donde lo nuevo no termina de aparecer. Desde la visión teleológica, que pareciera encontrar un arreglo dialéctico en secuencia lógica sobre la historia de la humanidad, encuentra una dinámica contradictoria que confunde o conjuga las falencias democráticas de la política con el realismo salvaje

de la economía y tensan el horizonte de emancipación que tiene que luchar contra la dominación que siempre descubre mecanismos de renovación y máscaras para encubrir o simular su rostro funesto.

Con todo, la democracia puede ser un vehículo imprescindible para la construcción del poder obrero y entonces se torna peligrosa e indeseable para las clases dominantes.¹² A su vez, los intersticios y grietas que horadan el orbe capitalista significan disrupciones y cortocircuitos que entran el devenir del proceso de valorización del valor cifrado en arreglos espacio-temporales amorfos. Por una parte, porque el sistema económico-político entra en crisis profundas que interrumpen el proceso de valorización, crisis financieras, neoliberales y civilizatorias que ponen en entredicho la lógica del capital y colocan en predicamento a las fuentes de la riqueza social, la naturaleza y la humanidad, y por otra parte, porque estallan diversas expresiones de lucha social en clave revolucionaria, emancipadora o libertaria, mediante el recurso a la interrupción del proceso productivo a través de huelgas o el bloqueo a la circulación en los espacios públicos, como ocurre con las manifestaciones u ocupaciones, o de manera aún más lacerante con la parálisis de los medios de distribución y comunicación, que fungen como una especie de sistema nervioso del capitalismo contemporáneo. Las luchas

¹² Como lo expresara Rosa Luxemburgo: «Si para la burguesía la democracia ha llegado a ser innecesaria o molesta, precisamente por eso mismo es necesaria e imprescindible para el proletariado. En primer lugar, porque crea las formas políticas (autoadministración, derecho de voto, etcétera) que pueden servirle de puntos de apoyo en su tarea de transformar la sociedad burguesa. En segundo lugar, porque sólo a través de la lucha por la democracia y del ejercicio de los derechos democráticos puede el proletariado llegar a ser consciente de sus intereses de clase y de sus tareas históricas» (...) En una palabra, no es que la democracia sea imprescindible porque haga innecesaria la conquista del poder político por el proletariado, sino porque convierte esa conquista del poder tanto en una necesidad como en una posibilidad» (2002:85-86).

sociales enarboladas por sujetos políticos históricos o por actores emergentes, ya sea que recurran a métodos viejos o novedosos, eventualmente tienen la capacidad de trastocar los procesos sociales y sus configuraciones espaciales y temporales. Incluso pueden llegar a alterar la lógica del sistema, en tanto coagulan la noción temporal que rige los ciclos de producción y reproducción, y simultáneamente acelerar el reloj de los tiempos políticos, o al menos invocar otras formas de entender el arreglo espacio-temporal, los mecanismos de producción y circulación, las formas de subjetividad, el debate público, la interacción de las personas y las formas de comunicación. Empero, las conquistas simbólicas de los emergentes movimientos sociales que sólo se mueven en la esfera político-cultural pueden generar una ensordecidora caja de resonancia y desestabilizar los dispositivos de comunicación del espectro informativo y de las redes digitales, pero al omitir el crucial basamento económico-político, terminan por sólo satisfacer las demandas inmediatistas de corte simbólico sin llegar a trastocar la raíz histórico-estructural de las desigualdades sociales.

Pareciera que también en los procesos de lucha, según se ha insistido para testificar la emergencia de las crisis de autoridad, cuando la clase dominante pierde el consenso, deja de ser dirigente y se constriñe a ser dominante, sustentada en la fuerza coercitiva: «La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados» (Gramsci, 1999:37), pues se trata de momentos imbricados y subjetividades redivivas cuya fecha de caducidad sólo las determinan los sujetos mismos.

Capitalismo mundano

A diferencia de como suele pensarse, el sistema capitalista no está refugiado puramente en el insufrible reino del individualismo, del nihilismo y del cinismo degradantes, sumergido en la sociedad de individuos egoístas y atomizados que deambulan por separado como seres gregarios en la vida ordinaria de la sociedad mercantil regida por un Estado de derecho donde prima la propiedad y el libre mercado. El capitalismo es un sistema complejo, dinámico, contradictorio, pero dotado de una pasmosa capacidad de crear un sistema mundial y formas de vida común a su imagen y semejanza, una capacidad que es destructiva y constructiva a la vez (que fuera popularizada por el concepto de la «destrucción creativa», Schumpeter [2015]), siempre en la búsqueda afanosa de la puesta al día, la novedad y el desecho. La modernidad no es más que el ropaje con que viste sus mejores galas el capitalismo rampante.

En efecto, el sistema capitalista es estructurado, barroco e imperfecto por la desigualdad social que permea todos los poros de la sociedad y que se reproduce como autómata sin cesar, hasta el punto en que la desigualdad se presenta como la imagen viva, insufrible, de un mundo fáctico, concreto, real y necesario, esta contradictoria sociedad capitalista colmada de posibilidades y limitaciones dentro del cual nos tocó vivir, lo sobrevivimos, y hacemos efectivos nuestros pensamientos y actos, o lo que creemos que es nuestro, que a menudo está predeterminado por la lógica inexorable de la valorización, pulsión de vida y muerte al mismo tiempo. Lo queramos o no, se trata de la formación social predominante. Sin embargo, este mundo capitalista, generalizado, palpable, diario, donde campea el poder del Estado y el capital, es el gran habitáculo donde transcurre nuestra vida

cotidiana, donde el presupuesto de la desigualdad se encuentra inscrito en el código genético de las instituciones y las prácticas que poseen un valor para la reproducción del propio orden sistémico, además permea la plasticidad mundana, pinta los paisajes de la vida que transcurre día con día, sin reposo.

Este insufrible sistema mundo resulta a todas luces inaceptable, por lo que cabe imaginar, es incluso necesario postular: «Un mundo donde quepan muchos mundos» (EZLN, 1995), como rezaba el zapatismo. Entonces, las luchas significativas no se refieren sólo a la oposición contra las fuerzas de dominación y explotación que subyacen al sistema de poder, sino que, por si fuera poco, es menester emprender un trabajo persistente con el fin de deshacer la urdimbre de la cotidianidad, el tejido de relaciones que conforman la normalidad, dentro de lo cual perviven las cosas, las relaciones entre ellas, además de la humanidad y sus vínculos con el entorno planetario.

La lucha por la emancipación de los trabajadores asalariados, la clase obrera, ha tenido distintos objetivos, como la reducción de la jornada laboral, lo cual concita a los obreros a luchar por reconquistar el tiempo, el espacio, la sociabilidad y, sobre todo, las condiciones materiales de existencia y las posibilidades de desarrollar las capacidades críticas y creativas. Asimismo, se orienta en contra de la fijación de los controles sobre el uso del tiempo impuestos por el capitalismo dentro y fuera del ámbito del trabajo, pues incluye lo que habitualmente se considera el tiempo libre, es decir, la forma ampliada de gestión de la fuerza de trabajo por el capitalismo. Es una lucha por la emancipación que mantiene implícita la lucha por el tiempo de vida frente al opresivo tiempo de trabajo, en el que el día se hace noche y la noche se convierte en día, entre un descanso pensado cada vez menos como tiempo libre y el tiempo de trabajo que ocupa más

bloques temporales, más allá del lugar de trabajo a fin de abarcar el tiempo de consumo y el tiempo de descanso.

Base material del capitalismo, la simbiosis entre producción y reproducción funge como basamento para desplegar los modos de vida, donde la desigualdad es la pauta principal de la organización social y la política de emancipación aparece como una forma de pensamiento crítico y un proyecto de transformación social, que parte de la dialéctica de la negatividad del capitalismo y la construcción positiva de otra organización con múltiples denominaciones: otros mundos posibles, un mundo donde quepan otros mundos, una nueva sociedad, un vivir bien, una sociedad alternativa. La reinención de la política, más allá de los márgenes de la democracia liberal burguesa, entraña una utopía en ciernes que imagina relaciones, formas, actividades e instituciones, cuyo trazo temporal y medios de funcionamiento atienden a otra lógica, que no es la del capital sino la de la reproducción de la vida humana, siempre en proceso de recreación.

Coda

En un sistema mundial capitalista inmerso en una compleja crisis civilizatoria, la reinención de la democracia, como un proceso transformador, concita el despliegue del potencial creativo de los sujetos sociopolíticos sobre espacios y prácticas orientadas por los principios de autonomía, igualdad y libertad que han guiado el pensamiento y la práctica política de los proyectos de emancipación de la sociedad humana. Desde estos ámbitos las clases, comunidades y grupos sociales de ser meros sujetos subalternos se colocan en una posición de antagonistas, para asumir nada menos que el

control de su propio derrotero a partir de la reapropiación del territorio o si carecen de él de la reconstrucción crítica de una identidad que en ambos casos les confiere la concientización, la organización y la acción política. Este punto de partida puede contribuir a replantear el problema del sujeto del cambio social, más allá de la emergencia de movimientos sociales episódicos y sectorizados con identidades difusas que a decir verdad no cuentan con una formación teórica ni un programa político. La democracia radical amerita sujetos colectivos dotados de estrategias de largo aliento que sean capaces de afrontar el desgaste prematuro para pensar prácticamente en sujetos, estrategias y programas que logren perdurar y desenvuelvan su acción en la compleja trama de la política donde concluyen tiempos, espacios, contradicciones y sujetos.

La política de autonomía, igualdad y libertad interpela una diversidad de territorios y periodos, lugares y dinámicas, que toman su propia forma según el influjo de su devenir histórico, de los problemas estructurales, de los desafíos coyunturales o de la problemática concreta que los hace emerger y desafiar la modalidad espacio-temporal que suele tomarse como normal, es decir, por la cual funcionan las estrategias que adaptan los medios a los fines. En todo caso se inscriben en un contexto contradictorio donde predominan las determinaciones del sistema mundial capitalista y su lógica inmarcesible de acumulación y dominación que se impone como el gran sujeto social, un agente autómatas que determina a las clases sociales que figuran en la disputa política en diversos planos y niveles.

Separar la esfera de lo político de la esfera de lo social y establecer una aparente diferenciación entre la configuración de la república burguesa y la dictadura privada del capital es la pretensión irrenunciable de la política convencional. Por lo contrario, la lucha democrática radical intenta

desvelar el contenido económico-social de la lucha política, a la sazón una lucha de clases, y disolver el espacio privilegiado de las élites, que además de estar dotado de riqueza, ostentación y corrupción, encubre la dominación sin consenso o la hegemonía fracturada del capital. En contraste, los sectores subalternos habitan un espacio invisible, clandestino o subterráneo; donde las personas comunes, el pueblo, la masa informe de trabajadores, desempleados, pobres y marginales se constriñe a sobrevivir dentro de unos límites socioeconómicos; donde el tiempo de vida se colma con las obligaciones diarias del trabajo y la supervivencia; donde la sociabilidad a menudo se sumerge en la precarización y la violencia; y donde la actividad política oficial se desprende del mundo real de la reproducción social para plegarse a la ficción democrática y reducirla a la figura del ciudadano sufragista, la servidumbre condescendiente.

La política democrática adquiere mayor vigor y trascendencia cuando el movimiento popular, obrero y campesino, plasmado en movimientos sociales, partidos clasistas o sindicatos independientes, logra traspasar los límites de la política formal, cuyo referente inmediato se encuentra en la democracia de élites y en sus esquemas de representación que intentan dislocar lo político y lo social, porque en su articulación se confrontan distintos proyectos antagónicos de sociabilidad, unos con instinto de conservación y otros con pretensiones de transformación. La transformación social será, entonces, la implementación de una práctica teórica y una teoría práctica constructora de una sociedad en la que primen la libertad y la igualdad sin cortapisas.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2004), *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Valencia, Pre-Textos.
- Amin, Samir (1985), *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI.
- Aristóteles (1988), *Política*, Madrid, Gredos.
- Banco Mundial (2017), *Informe sobre el desarrollo mundial 2017. La gobernanza y las leyes*, Washington, Banco Mundial.
- Bageant, Joe (2008), *Crónicas de la América profunda*, Barcelona, Los libros del lince.
- Benjamin, Walter (1942), «Tesis sobre la historia y otros fragmentos», edición y traducción de Bolívar Echeverría, en <http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/Benjamin,%20Tesis%20sobre%20la%20historia.pdf>
- Brown, Wendy (2015), *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso.
- Chomsky, Noam (2016), *¿Quién domina el mundo?*, Barcelona, Ediciones B.
- Dahl, Robert (2008), *La igualdad política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Debord, Guy (1995), *La sociedad del espectáculo*, Santiago de Chile, Ediciones del Naufragio.
- Dussel, Enrique (2006), *20 tesis de política*, México, Siglo XXI.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (1995), *Documentos y comunicados*, tomo II, México, Era.
- Freire, Paulo (2005), *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI.
- Galli, Carlo (2011), *El malestar de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- González Casanova, Pablo (2013), «Democracia, neoliberalismo y la lucha por la emancipación», *Desacatos* (42), pp. 203-213.
- Gramsci, Antonio (1999), *Cuadernos de la cárcel*, tomo 2, México, Era.
- Hessel, Stéphane (2011), *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, Barcelona, Destino.
- Keane, John (2018), *Vida y muerte de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2015), *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, Barcelona, Gedisa.
- Lenin, Vladimir (2010), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Luxemburgo, Rosa (2002), *Reforma o revolución*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- Marini, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- Márquez, Humberto (2013), «Malestar en la cultura: hegemonía neoliberal, indignación y cambio social», en Raúl Delgado y Humberto Márquez (coords.), *El laberinto de la cultura neoliberal. Crisis, migración y cambio*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Márquez Covarrubias, Humberto (2017), «Urdimbres de la crisis del capitalismo: proceso histórico y colapso civilizatorio», *Estudios Críticos del Desarrollo*, 7(12), pp. 249-294.
- Marx, Karl (1947), «Carta a Weydemeyer», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Austral.

- Marx, Karl (1982), *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 3, México, Siglo XXI.
- Marx, Karl (1986), *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI.
- Marx, Karl (1988), *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI.
- Marx, Karl (2007), *A propósito de la cuestión judía*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- Marx, Karl (2010), «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871», en Friedrich Engels y Vladimir Lenin, *La comuna de París*, Madrid, Akal.
- Marx, Karl (2011), «Tesis sobre Feuerbach», en Bolívar Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Ítaca.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (2011), *Manifiesto del partido comunista*, Madrid, Alianza editorial.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (2014), *La ideología alemana*, Madrid, Akal.
- Marx, Karl, Friedrich Engels y Vladimir Lenin (2010), *La Comuna de París*, Madrid, Akal.
- Mbembe, Achille (2011), *Necropolítica*, Barcelona, Melusina.
- Meiksins Wood, Ellen (2000), *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*, México, Siglo XXI.
- Melville, Herman (1998), *Bartleby, el escribiente*, Madrid, Akal.
- Modonesi, Massimo (2016), *El principio antagonista. Marxismo y acción política*, México, Ítaca.
- Moore, Stanley (1997), *Crítica de la democracia capitalista. Una introducción a la teoría del Estado en Marx, Engels y Lenin*, México, Siglo XXI.

- Nicolet, Claude (1982), *L'Idée républicaine en France. Essai d'histoire critique*, Paris, Gallimard.
- Osorio, Jaime (2004), *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Petras, James y Morris Morley (1998), *¿Imperio o república? Poderío mundial y decadencia nacional de Estados Unidos*, México, Siglo XXI.
- Pradera, Javier (2014), *Corrupción y política. Los costes de la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Rabotnikof, Nora (2009), *De la democracia desencantada al desencanto democrático*, México, Instituto Federal Electoral.
- Rancière, Jacques (2010), *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Robinson, William (2013), *Una teoría sobre el capitalismo global. Producción, clase y Estado en un mundo transnacional*, México, Siglo XXI.
- Roitman, Marcos (2012), *Los indignados. El rescate de la política*, Madrid, Akal.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1983), *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*, Barcelona, Océano.
- Schumpeter, Joseph (2015), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Página Indómita.
- Therborn, Göran (1979), *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo*, Madrid, Siglo XXI.
- Veltmeyer, Henry (2010), «Una sinopsis de la idea de desarrollo», *Migración y desarrollo*, 8(14), pp. 9-34.
- Zemelman, Hugo (1989), *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México, Siglo XXI.
- Žižek, Slavoj (2012), *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Sequitur.